

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

9. SIGUE LA LABOR DE EQUIPO

—¿LAMO YO o llamás vos? —quiso saber Juan Carlos.
—A vos te corresponde —repuso su padre—. Ya se conocen, ¿no?

Sonriente, el joven descolgó el tubo del aparato ubicado sobre el escritorio. Había llegado a marcar la característica, cuando sonaron dos o tres golpes discretos a la puerta.

Juan Carlos, el tubo en una mano y el índice de la otra insertado en el número 8 del disco, alzó las cejas hacia el ex comisario, quien se encogió de hombros.

—¡Pase! —invitaron a dúo.

Entró el afanoso ordenanza que traía la copia de la autopsia.

—Les manda el comisario —anunció, tendiéndoles el delgado expediente—. Habría llegado antes, pero no sabía bien en qué despacho estaban, y el comisario no me...

—¡Está bien, está bien! —cortó Dorteros—. Déjelo por ahí, nomás.

—¡Suena!... —avisó Juan Carlos, con la palma puesta sobre el fono.

—Muy gentil, cabo —Dorteros indicó amablemente la salida—. Déle las gracias a Callaza de mi parte.

—¡Holáa! ¿La señorita Isis? —la voz de Juan Carlos se tornó sorprendentemente atractiva, ante lo cual su padre sonrió en silencio—. ¡Habla Juan Carlos! ¿Se acuerda de mí?... ¡Sí, exacto! ¡El detective, sí!... No, todavía no tengo novedades sobre la pobre Lucy... Sí..., ¡una injusticia! ¡Claro que no se merecía...! ¿Cómo? ¡No, no! Es nada más que para hacerle una pregunta: ¿cómo está su osito japonés?

—¡¡...!!

EN LO QUE duró el paréntesis al otro lado de la línea, Juan Carlos miró a su padre con las cejas sumamente arqueadas. Dorteros, complacido, asintió varias veces con la cabeza. El chico sabía manejarse bien, pensó.

—¿Holá? ¿Holá? ¿Todavía está escuchando, Isis? No, nada de bromas. —Ahora el tono del joven investigador se endureció en los bordes, aunque sin apearce de la gentileza—. Oiga

bien: sé que tiene un osito, sé que es japonés, y no ignoro quién se lo obsequió... Usted no tiene por qué decir nada. Yo le voy a dar un nombre: bastará con que me indique si estoy o no en lo cierto. ¡Pero medite sus palabras, por favor! Pronto va a haber una encuesta oficial, y no me gustaría verla en dificultades... ¡Ahora póngame atención! El nombre es...

U NA PEQUEÑA pausa, calibrada a la perfección, y Juan Carlos se lo dijo. La sonrisa que le estiró la boca fugazmente informó a Dorteros que sus presunciones no habían andado descaminadas.

—Hizo muy bien en ser sincera, Isis... ¡No, no se preocupe por eso! La agencia “MaGa” se caracteriza por su absoluta discreción. ¡En ningún caso saldrá a luz su nombre, pierda cuidado! Buenas noches, y gracias.

Colgó y fue a reunirse con su progenitor. Este ya hojeaba la carpeta que contenía el informe forense. De pronto alzó la vista y sonrió a Juan Carlos.

—¡Lotería!

—¿Mmm?

—Mirá esto: ¡Lucy García estaba embarazada!

—¡Fíiuu! ¿Y te parece que...?

—¡Más seguro que lluvia en vacaciones! —afirmó el antiguo policía.

—Habrá que hacerle una visita al obsequiante de ositos japoneses —observó su hijo—. De eso te encargarías vos, ¿verdad?

—Con gusto. ¡Pero antes hay que ocuparse de lo de Di Reggia! Tenemos que alejar las sospechas de tu persona; así quedamos libres para seguir investigando lo demás.

—¡Usted manda, jefe! —Juan Carlos hizo una burlona venia—. ¿Cómo dispone que empecemos?

—Callaza nos dio *carte blanche*, ¿no es cierto? ¡Pues iremos a visitar el teatro del crimen!... Y no te preocupes por la locomoción. ¡Yo pago el taxi, Juanca!

D EL CORRO de mirones se esparcía el pandemonio habitual. La escena resultaba singularmente animada, e incluso muchos habían llegado provistos de termo y mate. También se veía un caramelero, distribuyendo su mercancía con discreto pregón. El moreno policía que llegara en el coche patrullero ya estaba acostumbrado a esa rutina; pero le había tocado un colega todavía un poco verde.

—¿Los dispersamos, Silva? —propuso el novato, disgustado.

—Dejalos. ¡No vale la pena prestarles atención!

—¡Pero esto no es una función de circo!...

—Pasa siempre así... ¿Señora Orovís?

—Hogowitz, Guebeca —corrigió la vieja, con voz gemebunda—. ¡Ay, qué cosa más hoguible, señog agente! ¡Ggacias a Dios que viniegon!

—Calmesé, señora. ¿A qué hora encontró el cuerpo?

—¡Hagá unos veinte minutos! Iba a hacegme la leche (pogque yo de noche no como sólido, sabe), cuando oí unos gguitos tguemendos en la pieza de Gaskowsky, y entonces fui a veg si pasaba algo y... ¡Migue qué espantoso lo que encontgué! ¡Le jugo que no sé cómo no me caí guedonda al piso! ¡Me dio una impguesión tan ggande que...!

—Entiendo, señora. ¿Vio a alguien?

—¿Pegdón?...

—Si había algún extraño merodeando... Un sospechoso, o...

Los ojos de la vieja, de iris desvaídos, se agrandaron. Levantó un índice como rama de arbusto ante la ancha nariz del policía.

—¡Sí! ¡Sí! Ahoga que guecuedo... ¡Salió una pegsona que no es de esta casa! ¡Un bguto maleducado! ¡Casi me atgopella al salg!

El compañero de Silva, excitado, se permitió inmiscuirse. ¡A lo mejor daban con un buen dato, y el comisario los felicitaba!

—¿Cómo era el sujeto, señora? —farfulló, ignorando la mirada fulminante del otro.

—Bueno, joven, le digué... Oscugo como está acá, pog las gwestgicciones, y con estos ojos míos... Apenas si lo vi, pego...

—¡Trate de hacer memoria, por favor, que es muy importante!... ¿Cómo iba vestido, eh?

—Cguego... Sí, llevaba puesto un abguigo oscugo..., fino... ¡Ah! Y lentes neggos... —La anciana hizo un mohín de enfado—. ¿A quién se le ocugue pongese lentes neggos de noche? ¡No habgá venido acá paga nada bueno!

E RA UN sitio de clase, se dijo Juan Carlos. ¡Cuándo no! Estos parásitos son los que viven mejor... Luego recordó que el “parásito” en cuestión estaba ya en la morgue judicial, con la cabeza casi separada del cuerpo por una cuchillada feroz, y se reprochó su falta de caridad cristiana. No correspondía juzgar, pensó; aun cuando la víctima hubiera sido en vida una rata inmundada.

Dorteros saludó con casual ademán al policía de guardia, un viejo conocido suyo, quien se apartó, deferente, para darles paso al departamento de Luciano Di Reggia.

—¿Movieron algo? —inquirió el ex comisario.

—Solamente se llevaron el cuerpo —replicó el agente—. Lo demás no se tocó. ¡Ah! Los de dactiloscopia ya estuvieron... ¡Parece que todo está limpio!

—¿Y el arma? —intervino Juan Carlos.

—Un cortapapel. Hindú, me parece... ¡Filoso como navaja!

—¿Propiedad del occiso?

—Así oí decir...

Dorteros se tocó la zona del bigote rasurado.

—Hmm... Pudo no ser premeditado, entonces. ¡Vamos, Juan Carlos!

Se abocaron a una revisión del lugar del hecho, poniendo de manifiesto que la acción de equipo estaba bien lubricada. Formaban un dúo sumamente eficiente, según pudo constatar el admirado policía.

Juan Carlos dejó escapar un corto silbido a la vista de los retratos de mujeres que decoraban los muros. Todas rubias, despampanantes..., y el cuchillo del asesino no había dejado de tajar a ninguna. ¡Llamativo! Pero había otras prioridades, admitió el joven.

—Mirá ese fichero del rincón —le hizo observar Dorteros—. ¡Faltan legajos!

Efectivamente, era notorio el hueco. Los dedos del veterano investigador, diestros y sensibles, pronto descubrieron algo más.

—A CÁ HAY un doble fondo... ¡Me extraña que los muchachos lo hayan pasado por alto!

—¿Podrás abrirlo, viejo?

—Veremos. —Dorteros sacó una carterita del bolsillo interior de su saco. Al abrirla, resplandores metálicos atrajeron la atención del agente de guardia, que seguía de cerca los procedimientos—. Si el equipo no me falla...

—¿Llave... maestra? —preguntó con ironía Juan Carlos.

—Superganzúa —sonrió su padre—. Recuerdo de un “chico malo”, hoy rehabilitado...

Se inclinaron sobre el mueble archivo. Dorteros trabajaba afanosamente, la punta de la lengua entre los dientes, las cejas levantadas; su hijo y discípulo dilecto se mantenía a la expectativa, a fin de colaborar en la empresa cuando se le requiriese.

Tenían las cabezas casi juntas, con poco espacio para moverse. De repente Dorteros levantó la vista y sorprendió a una tercera cabeza, la del uniformado, que pugnaba por colocarse en posición más adecuada, de modo de no perder detalle de aquella maniobra maestra.

Se encontraron los ojos de ambos; ante la inquisitiva mirada del ex comisario, el policía carraspeó, se puso rojo y enderezó con brusquedad el torso. Su vista fue a concentrarse en la línea de unión de la pared y el cielorraso. Juan Carlos levantó un costado de la boca, meneando la cabeza.

—¿Tendrás para mucho? —apremió.

Pero ya estaba listo... Un panel metálico se deslizó hacia un lado, para revelar un depósito oculto. Juan Carlos arrugó la frente; pero su mentor sonreía.

—Lo que pensaba —dijo Dorteros—. ¡Di Reggia, Q.E.P.D., añadía a sus otros encantos el de extorsionar a sus pacientes!

Se trataba de un archivo secreto. Juan Carlos soltó una exclamación ahogada. Nombres, filiaciones, manías..., todo estaba consignado. También una libreta, de tapas negras, con la lista detallada de las “extracciones”.

—Un psicoanalista tiene magníficas posibilidades —comentó Dorteros—. ¡La gente habla hasta por los codos cuando se recuesta en el diván!

Llevado por el ritmo frenético que planteaban las circunstancias, su hijo ya estaba examinando los legajos secretos, aun antes de que él terminara su párrafo. De súbito, el joven detective se irguió, con un sonido inarticulado. Su palidez alarmó a Dorteros.

—¿Qué pasa? —indagó éste—. ¿Qué hay ahí?

—FIJATE en esto. —La voz del joven tenía un eco extraño—. Otro color de pelo, distinto corte..., ¡pero los ojos y la boca son inconfundibles!

—Ajá —asintió el padre, tras breve examen de la pequeña fotografía pegada en el ángulo superior derecho del legajo que el otro le mostraba—. No cabe duda de que es ella.

—Así que había sido... paciente de Di Reggia. ¡Ahora empiezo a explicarme muchas cosas!

—No sólo una paciente de tantas —apuntó Dorteros—. ¡Está en el archivo *clasificado*!

Juan Carlos giró con lentitud la cabeza, hasta enfrentar directamente a su padre. Tenía tensas las mandíbulas, notó el ex policía, y había sombras nuevas en su mirada. Podía imaginarse lo que pasaba por su alma en esos momentos... La cara del agente mirón, por el contrario, estaba invadida de una estupefacción tan cómica que casi le obligó a sonreír. ¡La vida abunda en contrastes como éstos!

—Entonces... —musitó el atribulado Juan Carlos—, ¿la extorsionaba a ella también?

Dorteros asintió gravemente con el gesto.

—Ajá. ¡Lo malo es que los extorsionados muchas veces... *pierden la paciencia!*

—¿Suponés que...?

—Es temprano para suposiciones —manifestó Dorteros—. ¡Sería conveniente hablar con ella antes de arriesgar una opinión definitiva!

LA LLAMADA sacudió a Callaza como un golpe bajo.
—¡No! —se le escapó—. ¡Me quieren enloquecer del todo!

Había supuesto que el caso estaba concluido con la muerte de Di Reggia..., ¡y ahora se enteraba de que el asesino había vuelto a atacar!

—¡Voy para ahí enseguida! —exclamó en la bocina del teléfono. Al tiempo que colgaba, gritó a un subordinado—: ¡Localice a Dorteros urgentemente, y dígame que se reúna conmigo en la casa de Raskowsky! ¡El criminal lo dejó clavado en la cama de una puñalada!

POR FORTUNA la encontraron en su departamento.
Al oír el zumbido del pestillo automático, Juan Carlos empujó la puerta del edificio. Pero la mano de su padre lo retuvo entonces por el hueco del codo.

—¿Estás seguro de que querés subir vos solo?

—Sí. ¡Esto es entre ella y yo, viejo! Andá tranquilo; sabré arreglármelas.

—Bien. Mientras tanto, voy a aprovechar para explorar otro ángulo que se me acaba de ocurrir. A lo mejor...

Juan Carlos lo miró con pupilas rezumantes de esperanzas.

—¿Podrías adelantarme algo?

—No pasa de hipótesis. Una corazonada, solamente... Dedicate a lo tuyo, mejor. En una hora nos vemos para comparar notas. ¿Te parece bien?

—¡Suerte, viejo!

—Suerte para vos también —repuso Dorteros—. ¡Y ojalá esto de Virginia no sea más que una falsa alarma!

La psicóloga habitaba en el segundo piso. El breve viaje en ascensor no fue suficiente para permitir que Juan Carlos se preparase como correspondía a la prueba que le esperaba. Sentía un tremendo vacío en el estómago y una sensación anonadante de mareo... Pero apretó los dientes y llamó a la puerta del 206.

ELLA RESPIRABA con cierta agitación, advirtió el joven. No podía deberse a la sorpresa, ya que él le había anunciado previamente su visita, desde la entrada... La miró a los ojos y se sintió embargado por una irresistible compulsión de protegerla contra lo

que fuese que la amenazara. ¿Cómo había *podido* alejarse así de ella? ¡Lucía encantadora en su vestido verde claro!

—Hola..., Juan Carlos —musitó Virginia Linares.

—¿Me permitís pasar?

—¡Claro! —Ella se apartó para que el hombre entrase, mientras se le iba dibujando una sonrisa en la boca. Esos hoyuelos podrían hacerle perder la ecuanimidad a más de un detective...

Aunque el departamento era como una cajita, estaba muy bien decorado. Se notaba el buen gusto de la muchacha: el ambiente resultaba grato y lleno de placidez. Nada profesional, sin embargo, observó él mientras se acomodaba en el sofá.

—¿No tenés acá el consultorio?

—No... Queda en el centro. Pero vamos al grano, ¿eh? ¡Dijiste que te traía un asunto muy serio! ¿Podrá ser algo de Lucy García?

Ni una palabra acerca del distanciamiento de los dos, pensó Juan Carlos. Posiblemente le estaba brindando a él una oportunidad de explicarse; y en verdad habría dado hasta lo que no tenía por hacerlo. ¡Pero por desgracia era otro el objetivo de su visita!

Avanzó el torso para aproximarse a Virginia, que estaba ubicada frente a él, en un sillón blanco. Le salió un poco estrangulada la voz cuando dijo:

—Es más bien algo de Virginia Linares.

—¿Y se relacionará también... con un tal Juan Carlos Dorteros? —sonrió ella.

El permaneció serio, escrutándola.

—No..., con un tal Luciano Di Reggia. ¿Sabés que lo mataron?

—¿Q UÉ? —Los ojos luminosos se expandieron—. ¿Cómo...?

—Me arrestaron a mí como sospechoso —informó el hombre, secamente—. ¡No, descuidá! —añadió—. ¡Ya estoy afuera!

—¡Dios mío, cómo siento que por mi culpa te...!

—No te preocupes. Puedo aclararlo todo, investigando esa muerte. ¡Pero tengo que hacerlo enseguida, si quiero evitar que me procesen!

—¿Y... qué planes tenés?

—Ya fuimos a la escena del crimen con el viejo. —Juan Carlos se abrió el saco y extrajo del bolsillo interior la primera hoja del legajo secreto, que llevaba allí, doblada—. ¡Y encontré esto en un cajón oculto!

Muchas veces el método directo había surtido efecto. En esta ocasión resultó excesivo, sin embargo. Tuvo que lanzarse hacia adelante para alcanzar a recibirla en los brazos.

—¡Virginia! ¡Virginia!... ¡Se desmayó! ¿Y ahora qué cuernos hago?

DORTEROS había regresado a la Jefatura. Ni bien entró, le dieron el recado de Callaza. Reprimió a duras penas un juramento.

—¿Hay coche? —preguntó, en tono apremiante.

Enseguida lo tuvo: las órdenes de Callaza habían sido terminantes. Bien sabía él aquilatar el valor que representaba la colaboración del experimentado pesquero.

—¿Cómo demonios encaja esto? —masculló Dorteros, *sotto voce*, en tanto el automóvil devoraba el asfalto, amparado en el ulular de la sirena—. ¡Raskowsky era uno de mis sospechosos favoritos, con todos sus traumas, y esos enigmáticos escritos! ¡Y ahora resulta que se sumó a la lista de víctimas! ¡Que me ahorquen si lo entiendo!

Saltó fuera del auto mientras el motor aún roncaba. A empujones se abrió paso entre los curiosos hasta alcanzar la puerta de Raskowsky.

—¡Ah, acá estás! —lo saludó Callaza.

—Me dieron tu mensaje. —Se unió a su amigo, que impartía instrucciones a un fotógrafo—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Ahí lo tenés. ¡Sacá nomás tus propias conclusiones!

Dorteros estudió el cadáver, acribillado a destellos de “flash”. Muchos había visto a lo largo de su carrera, de manera que sabía bien dónde mirar. En este caso, lo que más le llamó la atención fue el arma.

—¿Te fijaste en el cuchillo? ¡Lo clavó al colchón como a una mariposa de colección! —comentó Callaza, al que no se le escapó el interés de su ex colega—. ¡Esa hoja podría liquidar a un toro!

—Y suele usarse para eso mismo —confirmó Dorteros.

—¿Un cuchillo de matarife?

—Ajá. —El viejo investigador sacudió un dedo ante la cara del otro—. Y eso viene a reforzar una idea que me estaba formando antes de venir acá... Pero decime: ¿vieron a alguien? ¿Hay testigos?

—Bueno, una vecina dice que creyó ver a alguien que huía, pero...

—¿Sí? ¿Y cómo era el individuo?

—¡Parece que no pudo distinguirlo bien! Por la poca luz, y la mala vista que tiene... Es casi octogenaria, ¿sabés? Además, la impresión que se habrá llevado... En fin, lo único concreto que se le pudo sacar es que la impresionó como un tipo más bien elegantón.

—¿Ajá?

—Con sobretodo fino, oscuro, y de lentes negros... Fue la mejor descripción que conseguimos de ella. ¿Te sirve?

LA COMPUTADORA mental de Dorteros estaba funcionando. Se rascó la barbilla, frunció los labios... y le brillaron tenuemente los ojos.

—Me evoca una imagen. ¡Y es nada menos que la de alguien a quien tenía pensado visitar!

—¿Se relaciona con esa idea tuya que mencionabas?

—¿Idea? ¿Cuál?

—Dijiste que el cuchillo te...

—¡Ah, sí! Sí, sí; pero no, me parece que esto es algo completamente distinto. Sin embargo, pienso atenderlo ahora mismo. ¡El hombre vive cerca de aquí..., aunque en una calle mucho mejor que ésta, claro!

—¿Y tu otra idea? —insistió Callaza.

—Ya hablaremos de eso, luego, en Jefatura... ¿Te puedo hacer un pedido?

—¿A ver?

—Déjame ir solo a hacer esta visita. ¡No quiero asustar a nadie prematuramente! ¿Estás de acuerdo en eso?

Callaza lo observó con suspicacia. Su índice saltó como navaja de muelle.

—¡Tené presente el convenio, eh! Cualquier cosa que descubras...

—¡Sí, sí! ¡Te la comunico *ipso facto*! ¡Gracias, viejo amigo! ¿Me llevo el coche patrulla? ¡No sabés cómo te lo agradezco!

Callaza se quedó mirando la nube de polvo que levantó el auto, al partir como exhalación y estremeciendo el aire con el aullido de la sirena.

Con los brazos en jarra, resopló:

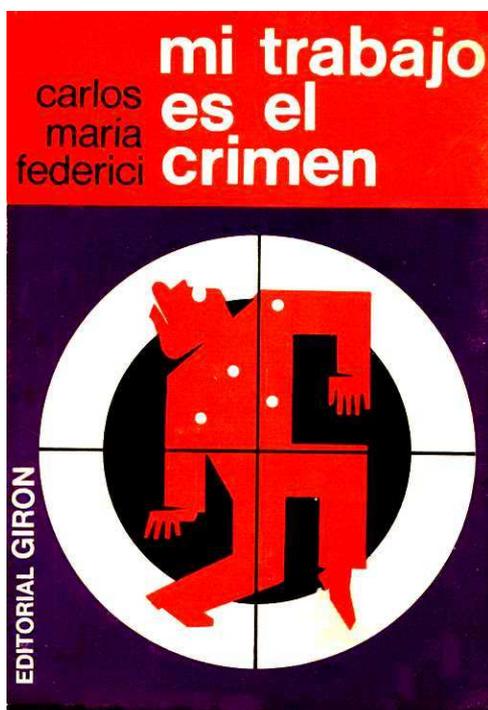
—¡La *desfachatez* del tipo! ¿Cuándo le dije que sí?

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



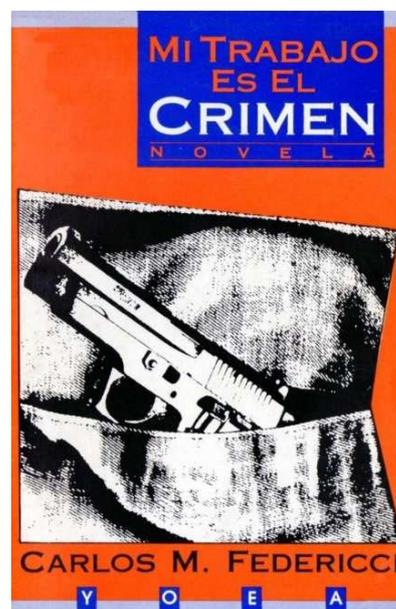
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

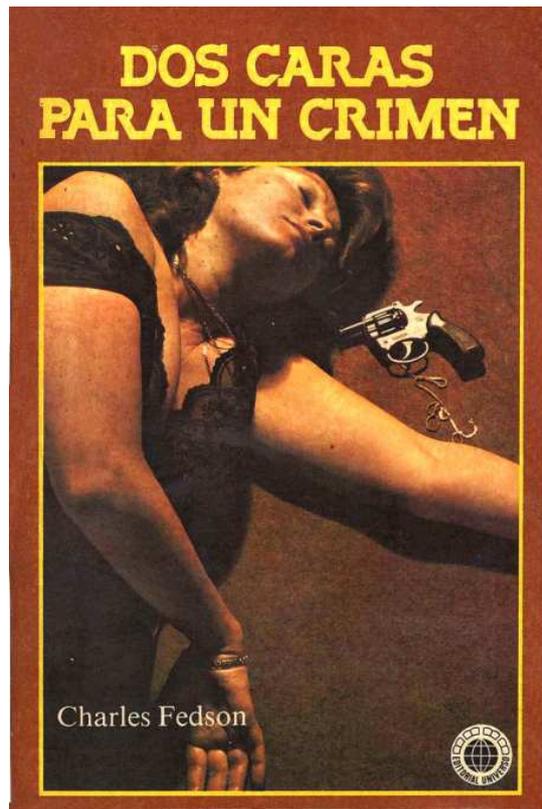


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...

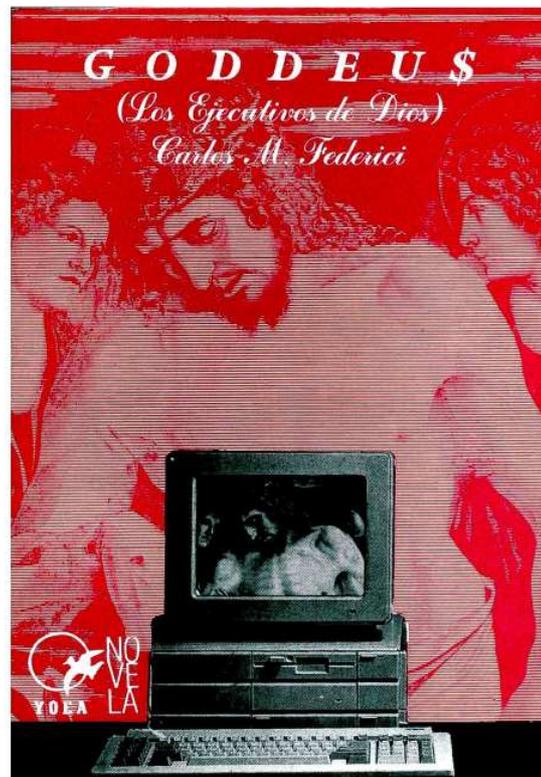


Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La ovilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)
GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA
 YOE LA



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com